

encontró quien le socorriera con un cuarto ni con un consuelo. Ignoramos qué le pasara, de no caer enfermo, y recibir, como tantas otras veces, la oficial asistencia en los hospitales de rúbrica. Pero sano y salvo, dejó pronto aquella ciudad descastada que no le había dado ni el canto de una blanca ni el valor de un bocado de pan, y fuése á Venecia, donde le aguardaban sus compañeros, cual tenía de antiguo concertado. Y aquí empieza otra fase de la vida que vamos historiando.

## CAPITULO IV

NOMBRE DADO Á LA OBRA DE SAN IGNACIO Y CONFIRMACION OFICIAL DE SU  
EXISTENCIA POR EL PONTÍFICE PAULO III

Uno de los principales caracteres de Ignacio, el que acaso mas resalta en su vida, es la inclinacion constante á reunir y allegar adeptos copartícipes de su obra y adheridos á su doctrina. Existen muchos, muchísimos caracteres en la historia, que reconcentrados dentro de sí mismos, indagan la verdad y la conquistan reflexivamente, no para el resto de los mortales, para su propia interior iluminacion y recreo. Pero hay otras almas, que no aciertan á quedarse dentro de sí mismas, y se derraman á borbotones fuera en palabras elocuentísimas ó en obras inmortales. Hay almas concentradas que alcanzan una idea, y hay almas apostólicas y propagandistas que la enseñan y la difunden. El trabajo humano, así en la naturaleza como en la sociedad, tiene tantas complicaciones, que las aptitudes resultan al fin y al cabo tan variadas y complejas, como resultan á su vez innumerables las grandes vocaciones. Muchos, sirviendo en alto grado para la propaganda, no sirven cosa para la organizacion. El que predica bien suele obrar mal. Unos oyen voces proféticas y las trasladan á sus obras, valiendo mucho para difundir una idea, y no valiendo nada para realizarla y para cumplirla.

No así Loyola, no así. Lo mismo sabe captar almas para su doctrina y para su obra que sabe regimentarlas, dirigirlas, impelerlas, cuando quiere, á la accion y aun al combate. Pocos hombres tan duchos en esto de adquirir coasociados, iniciarlos en su ciencia, é inscribirlos á la sombra de sus banderas. En cuanto reúne algunos, los disciplina por la comunidad de sentimientos y los mantiene disciplinados por el nivel de la obediencia. Tres gérmenes de

compañía tuvo; en Barcelona uno, en Alcalá otro, y otro en Salamanca. Los tres se diseminaron al soplo de contrarios vientos. Y sin desfallecer ni afi-girse con las injurias vomitadas por la envidia en su alma y con la señal de las argollas y cadenas en sus manos fué á Paris, y reorganizó con ele-mentos nuevos en Francia, la obra desorganizada por la inquisicion y por las universidades en nuestra España. Ningun resorte despreciaba jamás aquel grande organizador. Ningun medio de los conducentes á su fin ponía en desprecio ó en olvido. Despues de adoctrinar las almas con aquellos me-cánicos ejercicios espirituales, tan propios para convertirlas en dóciles ins-trumentos de ajenas voluntades, íbase por el mundo á tratar los negocios privados y particularísimos de los suyos, como pudiera tratar cualquier negocio político y dogmático de la mayor importancia. No hemos conocido en la historia hombre alguno, que á un tiempo subiera de un vuelo á las alturas de lo ideal y bajara de un salto á las minucias y detalles de la mas prosaica y mas vulgar realidad. Así, para despertar el entusiasmo de los suyos, alucinólos con la grandiosa empresa de llevarlos á Jerusalem, propia cierta-mente á la fascinacion de las almas. Y luego para mantenerlos y fijarlos en una organizacion capaz de resucitar las sumisiones forzosas de la milicia, imbuyólos con perseverancia sin igual una idea capitalísima, es á saber, la idea del mas servil vasallaje, demostrado por una continua obediencia. Así asoció en Paris los primeros apóstoles de su comunidad; así los mantuvo asociados sin disidencia y sin discrepancia y los llevó desde Paris á Venecia, como pudiera llevar un buen pastor su dócil y sometido rebaño.

Encontróse Ignacio solo en Venecia, por no haber llegado de Francia sus adeptos, y aprovechó, á pesar de su soledad, el tiempo. Dado, como hemos dicho, á la captacion de conciencias para su doctrina y de voluntades para su obra, llevóse consigo en Venecia dos navarros, de Jerusalem recién llegados, conocidos con el nombre de Guias y otro español mas, el Bachiller Hoces, muy opuesto primero á su doctrina por las noticias é informes de Salamanca y Alcalá, pero luego á su doctrina muy rendido por los ejemplos que presen-ciara y los sermones que oyera en los canales y calles de Venecia. Allí en la ciudad trabó relaciones y tuvo comunicacion Ignacio con el cardenal Juan Pedro Carafa, mas tarde ascendido al Solio Pontificio bajo la denominacion

de Paulo IV, y entonces embargadísimo con el empeño de fundar la religion de los teatinos, confundida por algunos muchas veces malamente con la religion de los jesuitas. Predicaba Ignacio mucho en la ciudad marítima, no sin provecho para él y para los suyos. Mas, como suele acontecer á todos los predicadores, ya defiendan unas ú otras doctrinas, suscitóse muchos enemigos, que le declara-ron guerra implacable y le dieron en rostro frecuentemente con los recuerdos tristísimos de Salamanca y de Alcalá, convirtiendo en culpa la desgracia y en cargo la violenta persecucion. Mucho crédito debieron alcanzar las especies vertidas, cuando Ignacio se presentó al nuncio apostólico, Jerónimo Verazo, pidiéndole testimonio de su ortodoxia y de su inocencia. Resuelto ya el Padre fundador á tener en torno suyo un principio de asociacion, que le sirviese para mantener la doctrina incólume, y difundirla y propagarla en las conciencias y en los ánimos, excitó el celo de los juramentados en Mont-Martre á fin que fueran á juntarse con él en Venecia. Graves peligros aquella peregrinacion para todos los peregrinos guardaba; pero muy especialmente para los peregrinos españoles, por haberse encendido nuevamente una guerra horrorosa entre Francia y nuestra patria. Partiéronse de Paris el 15 de noviem-bre de 1536, y partiéronse á pié. Vestidos todos pobremente, como cumple á quien deja el mundo y sus vanidades, iban todos cargados con los libros, cartapacios y escritos indispensables á sus complicados estudios. Tres tan solo de ellos eran sacerdotes, conviene á saber, Pedro Fabro, Claudio Yayo y Pascasio Broet. Los demás, aunque teólogos todos, no habian alcanzado aun las sacras órdenes indispensables para la profesion oficial del sacerdocio. Los tres sacerdotes decian misa diariamente; y los otros seis, no revestidos de dignidad tan alta, recibian la sagrada hostia en comunión diaria. Al salir de la posada, donde pernoctaran, hacian breve oracion; al andar por el camino, silenciosas meditaciones. El comer era en ellos, como el vestir, de pobres. Y tras todas sus comidas, empeñaban cordiales coloquios sobre la divinidad y las divinas cosas, repitiendo por la tarde la misma oracion de la mañana, al llegar al abrigo ó al techo donde iban á pasar la noche.

Llegaron, por fin á Venecia el día 8 de enero de 1537, poniendo cerca de dos meses en pasar desde la gran ciudad de Francia hasta la gran ciudad del Adriático. Repartiéronse los recién llegados por los hospitales venecianos,

yéndose cinco al de San Juan y San Pablo, y otros cinco al conocido con el nombre de los incurables. Al mediar la cuaresma, es decir, por el mes de marzo, partiéronse de Venecia á Roma. Ignacio, que deseaba convertir la futura compañía en patria é iglesia de los suyos, mundo espiritual y mundo temporal á un mismo tiempo, los organizó en aquel viaje de modo que desaparecieran las respectivas procedencias y los orígenes diversos. Dividiólos primero en grupos, y mezcló á los franceses y saboyanos con los españoles, para que no resultase predominio alguno, ni privilegio del mayor número de estos. Iban de tres en tres, dos legos y un sacerdote. Como estaban á la sazón en cuaresma, bien puede asegurarse que apenas comían, observando rigurosamente la eclesiástica ley del ayuno. Algunas veces, ayunaban bien mal de su grado, por ser flacas y livianas las limosnas recibidas y no bastar con su escasísimo socorro al diario sustento. Andaban descalzos; y les sucedía con frecuencia tener que repartirse por necesidad una hogaza en diminutos bocados. Lluviosísimo aquel mes de marzo, atravesaron territorios inundados, con agua muchas veces al cuello. Pero ellos recibían estas contrariedades con regocijo y cantaban sus salmos bíblicos en coro. El Padre Rivadeneira cuenta con su natural simplicidad que á Juan Codury, enfermo de una sarna terrible cogida en Venecia, le curaron y le pusieron limpio como una patena estos forzosos baños.

Al llegar á Roma, encontráronse con el sabio canonista Ortiz, enviado allí por el Emperador Cárlos V, con ocasion de los sabidos sucesos que estaban pasando en Inglaterra. La opinion del sabio español habia en tales términos cambiado, que presentó á Paulo III en el Vaticano á los mismos á quienes quiso expulsar de la Sorbona en Paris. Paulo escuchó una especie de disputa escolástica mantenida por aquellos teólogos ambulantes y la recibió con agrado. Dióles despues licencia para su peregrinacion á Jerusalem, y los bendijo y los socorrió con una limosna de sesenta ducados. A los que no tenían aun las órdenes sagradas, permitióles recibirlas á título de pobreza voluntaria y de aprobada doctrina. Dado tal ejemplo por el Pontífice, volviése, como suele vulgarmente decirse, todo el monte orégano para la reciente asociacion. La colonia española de Roma quiso completar la generosa largueza del Papa, llegando á reunir para los favorecidos cofrades hasta doscientos

diez ducados. Y no faltaron mercaderes que librarán á Venecia esta suma, sin que les costase un maravedí á sus felices dueños. La cantidad quedó á cargo del viaje á Jerusalem. Y aunque podia contarse como principio de este viaje la marcha desde la capital del mundo á la capital del Véneto, no dispusieron de nada en la seguridad de necesitarlo todo para su proyectada peregrinacion. Llegados á Venecia, y repartidos por sus hospitales, aprovecharon la ordenanza del Pontífice Paulo III y recibieron á una las sagradas órdenes, despues de haber hecho voto de castidad y de pobreza.

Aparejábanlo todo para su viaje á Jerusalem. Exaltados por su celo religioso veían ya en los celajes del deseo surgir la Ciudad Santa, como una consoladora esperanza de que vivirían vida semejante á la de Cristo y morirían allí donde sufrió el Redentor su gloriosa muerte. Qué diferencia para el mundo y para la historia de haberse convertido la órden jesuítica en una especie de milicia oriental y asiática destinada, ya que no á defender como los templarios un sepulcro, á conservarlo y vivir de él como una especie de plantas parietarias. El misticismo se hubiera sobrepuesto al carácter positivista, que adquirieron mas tarde; la distancia hubiera influido en que no se curasen tanto de la lejana Roma ni de su autoridad tibiamente sentida; el carácter español hubiera convertido el taimado espíritu cortesano de los jesuitas en espíritu militar y militante como el de su fuerte fundador en los primeros días de apostolado; y la corriente de los progresos modernos, tan combatida, no encontrara ese altísimo escollo en su agitado curso. Pero no, la Providencia no quiso esto. Aquel pensamiento de la peregrinacion á Jerusalem resulta como el arrebol último del ocaso ya extinto de la Edad media. La Providencia quiso que la tenacidad del valor español y la casuística ciencia del clero francés y la astucia de los Estados italianos se uniera para formar este formidable y numeroso ejército militante y cortesano á un tiempo, franco para sus fines y doble y artero por sus medios; que arrojado á las plantas del Pontífice y suspenso de su autoridad soberana, debia tender la sombra de su espíritu reaccionario por los espacios de todo el mundo moderno.

No hubo medio de ir á Jerusalem. Al querer ellos embarcarse rompió abiertamente la guerra entre la República veneciana y el Gran Turco. Paulo III de un lado y Cárlos V de otro, la potestad mayor del espíritu, y la potestad mayor